

Interesante nos parece, en especial, la bibliografía extremeña, que no sólo es una ampliación de la que ya Javier Marcos nos había ofrecido («Los estudios de Etnología y Folklore en Extremadura: el Regionalismo», *Revista de Estudios Extremeños*, XLI, 1985), sino que aporta nuevos hallazgos realizados por los alumnos de la UNED de Mérida.

Estamos, pues, ante una obra importante porque, con ella, recuperamos «una notable aportación al estudio del hasta entonces desatendido, cuando no ignorado, pueblo extremeño como sujeto de investigación» (p. 26); una obra, además, atractiva porque en ella van aflorando muchos de los juegos que practicamos en nuestra niñez; y una obra, también, interesante por las reflexiones que sobre el juego en general nos ofrecen los autores de la Introducción, y por las noticias que aportan sobre la figura de Sergio Hernández y sobre la bibliografía del juego, especialmente en Extremadura.—JUAN RODRÍGUEZ PASTOR.

GÉLIS, Jacques: *La sage-femme ou le médecin. Une nouvelle conception de la vie* (Paris: Fayard, 1988), 560 pp., ilustr.

SHERWOOD, Joan: *Poverty in Eighteenth-Century Spain. The Women and Children of the Inclusa* (Toronto: University of Toronto Press, 1988), 239 pp.

Los dos libros que vamos a comentar han aparecido en países muy distantes y con una concepción diferente a la hora de abordar el estudio de la infancia.

El profesor Gélis ya publicó un excelente estudio sobre el nacimiento en la Europa occidental en *L'arbre et le fruit*. Se ocupa ahora de la evolución profesional de las personas que ayudaban a la hora de nacer. El entorno natural que rodeaba al niño, sus cuidados y los esfuerzos por mantenerle sano han variado según las épocas, igual que la sociedad.

Hasta el siglo XVI en la Europa occidental fueron las mujeres mayores de los pueblos las que atendían en los partos; ellas eran en realidad la memoria de esas comunidades, las que conocían los más íntimos secretos de cada familia, y de ahí el doble significado que en castellano tenía la palabra comadre. El poder público lamentablemente no se interesó en España por mejorar la asistencia a las mujeres embarazadas, aunque ya Damián Carbón, en el siglo XVI, señalaba las condiciones que debía reunir la buena comadre. Al no crearse hasta finales del pasado siglo las primeras escuelas profesionales, la mortalidad fue siempre muy elevada.

La obra del profesor Gélis se refiere fundamentalmente a los países de la Europa occidental donde ya en los comienzos del siglo XVI algunos, como es el caso de Suiza, se plantean la necesidad de controlar de alguna manera a las comadronas y comienzan a examinarlas. Muchas son mujeres pobres, sin empleo fijo y que cobrarán sus honorarios a final de año, según los partos atendidos. Algunas se dedican exclusivamente a las apesadas o a las presas. En las cárceles comprueban la certeza de embarazos, cuando son alegados en busca de un mejor trato, y atienden a la hora de dar a luz.

Con el paso del tiempo su trabajo se irá reglamentando. La dependencia de los cirujanos queda patente incluso en los patronos, que son comunes: San Cosme y San Damián. La primera escuela de formación de comadronas (en francés el término «sage-femme» las distinguirá en adelante de la «matrone») es la fundada en París en el siglo XVI en el Hôtel-Dieu. Son las profesoras mujeres, viudas por regla general, a las que se exige una conducta ejemplar, modestia y dulzura de carácter. Ya en el siglo XVIII el Estado se interesa por salvaguardar la salud de la población y proteger a la familia; de ahí que

Mme. Coudray sea apoyada en sus lecciones itinerantes por toda Francia, impartidas tanto a comadronas como a cirujanos. A partir de 1760 en toda Europa se multiplican los cursos y poco a poco las jóvenes profesionales sustituyen a las viejas comadres en los partos de forma privada o como empleadas públicas, aunque les cuesta ser aceptadas en las pequeñas comunidades, habituadas a remunerar en especie y sin tarifa fija a la comadrona del pueblo. También durante el siglo XVIII la Obstetricia se afirma en Europa con el progreso de los conocimientos médicos, y se produce un nuevo cambio al interesarse los propios doctores en la asistencia directa a la parturienta, hasta entonces atendida siempre por manos femeninas. La mujer pasa no sólo a manos de una persona ajena a su comunidad, sino que además es hombre. Esta evolución marca el cambio cultural de la sociedad. La comadrona queda en adelante como un mal menor, se la permitirá trabajar siempre que no invada el terreno de los doctores.

El profesor Gélis ha escrito su libro partiendo no sólo de textos médicos, sino también del testimonio directo e inapreciable de las propias profesionales hallados en los archivos municipales e incluso de algún diario. La obra, que se completa con ilustraciones muy interesantes, resulta sumamente atractiva, ya que une al rigor científico la amenidad expositiva.

Una de las funciones de las comadronas estudiadas por el profesor Gélis fue, en muchas ocasiones, la de hacer de intermediarias entre las madres y el hospicio al que iban a parar los hijos no deseados. Joan Sherwood ha tenido el valor de enfrentarse con la documentación que se conserva de uno de estos centros fundado en 1572, la Inclusa de Madrid, para estudiar la situación de la infancia desvalida, especialmente en el siglo XVIII.

Las mujeres y los niños han sido las principales víctimas de la pobreza. En el siglo XVIII se produce el paso de una actitud que la aceptaba como algo inevitable a otra más humana que trata de eliminarla. La Inclusa era entonces el único centro administrado por un grupo de mujeres ilustradas, la Junta de Damas de la Sociedad Económica Matritense, que se preocuparon de reformarla y mejorar sus condiciones.

Es importante el examen de los distintos móviles que conducen al abandono, las condiciones lastimosas de los recién nacidos, cuya mortalidad llega en 1799 al 86 %, y el distinto futuro que aguarda a los supervivientes según su sexo. Paralelamente estos «includeros» van a ser la tabla de salvación de muchas mujeres pobres, que se alquilan para criarlos y que en ocasiones son en realidad sus madres. Las malas condiciones higiénicas, el traslado de los bebés a su domicilio, la sustitución de la leche de que carecían por otra de animales o gachas, producían frecuentes trastornos intestinales que acababan con su vida.

El esfuerzo de esta hispanista canadiense nos permite conocer ahora, con gran minuciosidad, la historia de esta institución benéfica madrileña. Tan sólo lamentamos que, igual que en el caso de la obra del profesor Gélis, no hayan sido editadas en España, aunque confiamos en que pronto sean traducidas.—MARÍA DEL CARMEN SIMÓN PALMER.

ALARCÓN ROMÁN, Concepción: *Catálogo de amuletos del Museo del Pueblo Español* (Madrid: Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Con la colaboración de la Asociación de Amigos del Museo del Pueblo Español, 1987), 173 pp., fotografías y dibujos.

La obra que reseñamos nació de la iniciativa del Museo del Pueblo Español de publicar una serie de nuevos catálogos que se sumasen a los ya existentes, actualizándolos en